



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 21 (2015)

LECTURAS DE CALDERÓN: DE LA ILUSTRACIÓN AL POSROMANTICISMO DENTRO Y FUERA DE ESPAÑA

PRESENTACIÓN DEL DOSSIER

La canonización de Calderón de la Barca en los siglos XVIII y XIX, como ya apuntó en su momento Álvarez Barrientos en su trabajo «Pedro Calderón de la Barca en los siglos XVIII y XIX. Fragmentos para la historia de una apropiación» (*Estado actual de los estudios calderonianos*, ed. Luciano García Lorenzo, Kassel, Ed. Reichenberger, 2000, pp. 279-324), es una «historia, necesariamente fragmentaria», sobre la que primará finalmente «esa imagen ortodoxa de un Calderón que no ríe, serio y poeta teólogo que es la más extendida» que certificara don Marcelino Menéndez Pelayo ya en el último tercio del XIX. Como referencias bibliográficas centrales partimos además de las monografías de Jesús Pérez-Magallón, *Calderón, icono cultural e identitario del conservadurismo político* (Madrid, Cátedra, 2010) y Marta Manrique Gómez, *La recepción de Calderón en el siglo XIX* (Madrid, Iberoamericana, 2011). Como se evidencia en estos trabajos, la presencia de Calderón en la cultura española desde la Ilustración hasta finales del XIX ha sido significativamente importante, y siempre por motivos muy diversos, que oscilan entre cuestiones puramente filológicas y literarias, hasta problemas relativos a sus complejas significaciones ideológicas: Fernán Caballero, el matrimonio Böhl de Faber y Marcelino Menéndez Pelayo, quienes lo colocarán como paradigma de una determinada España ultra-católica y ultra-conservadora.

En cualquier caso, el problema ya se estaba planteando desde las huestes de la cultura oficial de la Ilustración española, que necesitaba de su apropiación, junto a otros nombres —Cervantes, Lope, Tirso, por ejemplo— con el objeto que crear una historia cultural nacional más o menos coherente de acuerdo con una serie de parámetros ideológicos y estéticos que servirán para configurar una determinada imagen de su figura y su obra, en detrimento de otras lecturas que quedarán fuera de su sistematización canónica.

El teatro de Calderón de la Barca durante el siglo XVIII continuó representándose con una cierta fortuna a pesar de las reticencias de la crítica neoclásica más severa. Para Cotarelo, sus comedias, dramas y autos sacramentales venían a representar la idea de una España única que, sin embargo, al igual que ocurrirá con el resto del repertorio barroco conforme avance el siglo irá desapareciendo en popularidad de los escenarios, debido fundamentalmente a los cambios en los gustos del nuevo público teatral, como en su momento demostraría el maestro Andioc en sus trabajos sobre la escena dieciochesca. Vinculado a la idea neoclásica de creación de una cultura nacional «moderna», su obra se verá sometida a otros debates y valoraciones que, sobre las bases de sus textos, debatirán

en realidad sobre problemas que poco o nada tendrán ya que ver con las preocupaciones reales del autor de *El alcalde de Zalamea*. Todo ello sin olvidar como la escena para la Ilustración se transforma en un auténtico campo de batalla donde confluían muchas de las polémicas y tensiones —y no solo literarias— que sacuden la sociedad, la cultura y la intelectualidad de aquellas décadas.

El trabajo de Jesús Cañas «Pedro Calderón de la Barca en la polémica sobre Du Perron del siglo XVIII: Nasarre, Montiano, García de la Huerta», que aparece en este dossier calderoniano de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII*, es un documentado estudio sobre una de las controversias más importantes del siglo XVIII, a partir de la de Blas Nasarre, en su *Disertación o Prólogo sobre las comedias de España* (1749) de Blas Nasarre, el *Discurso sobre las tragedias españolas* (1750 y 1753) de Agustín Montiano y Luyando, y el *Prólogo del Colector del Teatro Español* (1785) de Vicente García de la Huerta. Se establecía aquí un punto de partida que se complicará sobremanera en la centuria posterior, que obrará sobre su obra una compleja lectura fuertemente ideologizada cuyo punto de inflexión debía situarse en la polarización que sufre la cultura literaria española durante los años de la guerra de la Independencia y las décadas posteriores de la mano de la lectura reaccionaria del matrimonio Böhl de Faber de tan larga sombra hasta la aparición del polígrafo santanderino y su entronización calderoniana como epicentro de la cultura española como cultura ultra-católica y ultra-nacional.

Por esta razón eran importantes los fastos relacionados con las celebraciones calderonianas pos-románticas de finales del XIX con motivo del segundo centenario de su muerte —año 1881—. Unas celebraciones que recogían con mucha fuerza el testigo de aquellas lecturas reaccionarias de principios del XIX, en las que Calderón aparecía como el paradigma de la «idea de la España imperial, del catolicismo contra-reformista», como representante máximo del «auténtico hispano» y la «edad de oro» de la historia nacional. Una de las figuras que participarán de manera muy activa en todo ello será el gaditano Adolfo de Castro con la publicación de varios estudios dedicados a su revalorización. Esto es lo que se aborda en el artículo de Sara Luengo Cuervo, «Aportaciones de Adolfo de Castro a los fastos calderonianos de 1881».

Castro junto a otros muchos —los jesuitas Juan Andrés, Lampillas, Masdeu, Marchena, Gallardo, los historiadores del XIX, etc.—, entre los que destaca sobremanera Menéndez Pelayo, suponían un importante Calderón después de Calderón dentro de nuestras fronteras que, no obstante, también va a configurar su imagen en el resto de Europa, fundamentalmente como icono romántico y como brillante referente de la leyenda negra de largo recorrido y alcance allende nuestras fronteras. Los otros dos trabajos que conforman este dossier calderoniano abordan dichos aspectos: «Calderón en las polémicas italianas del siglo XIX: Carducci, Graf y Martini» de Katerina Vaiopoulos; y «Calderón de la Barca en la obra de Mary W. Shelley» de Alfredo Moro Martín.

El primero se acerca a los ecos italianos de la recuperación romántica del teatro clásico español, a partir de la nueva lectura que se había emprendido por la crítica alemana y que tendrá una especial incidencia ya en la segunda mitad de la centuria, de manera paralela a los inicios del emergente hispanismo italiano. Un trabajo que parte de los siguientes hitos: la reseña de Giosuè Carducci a una representación de *La vida es sueño* (1869); el ensayo de Arturo Graf «*La vita è sogno*, dramma di Pietro Calderón» (1878) y, finalmente, el artículo de Ferdinando Martini «Nel secondo centenario di Calderón de la Barca» (1881). Por su parte, el acercamiento de Alfredo Moro se centra en la recepción de la dramaturgia calderoniana en el Romanticismo inglés, centrándose en los intereses literarios de Mary W. Shelley y su influencia en la visión británica del mito áureo hispánico.

Dos perspectivas encontradas entre el norte y el sur que, no obstante, ponen de relieve los enormes ecos de Calderón de la Barca a partir de su vasta producción dramática y su determinante papel en la configuración foránea de la imagen peninsular.

A partir de estos cuatro trabajos, a pesar de sus distancias cronológicas y sus diferentes perspectivas de análisis, se establecía, no obstante, un discurso unitario que daba cuerpo a la identidad calderoniana como modelo de una cultura nacional y centralizada en torno a todo lo español, dentro de un proyecto político y cultural que, paradójicamente, por un lado suponía la entronización del autor de *La vida es sueño* en el centro del discurso, pero por otro colocaba la marca hispánica en las fronteras de la modernidad de los siglos XVIII y XIX, pues el también autor de *La dama duende*, *El alcalde de Zalamea* y *El gran teatro del mundo* lo que venía a representar era, precisamente, la actualidad romántica de su obra; es decir la mentalidad barroca del sur católico de Europa, frente al centralismo alemán como portador de lo moderno.

Calderón se construía, pues, a partir de consideraciones *a posteriori* de sí mismo, bastante interesas, y que van a servir para legitimar la hegemonía cultural de la Europa central y sus estados modernos, frente a una periferia «antigua» y «arcaica», en cuyo epicentro se localizaba la nación española, cuya imagen fuera de nuestras fronteras se encontraba lastrada por la decadencia y el nocivo impacto exterior de la leyenda negra. La historia interna de Calderón en nuestra historiografía del siglo XIX vendría a ratificar en parte dicha lectura.

Carlos MATA INDURÁIN
(Universidad de Navarra)

Alberto ROMERO FERRER
(Universidad de Cádiz)